

XXX

EL DESASTRE

Francia fué á la guerra sola. Quedaba el emperador reducido á sus fuerzas propias, que en opinión de los franceses bastaban para aplastar á sus enemigos; y no solamente lo creía así la opinión pública con su habitual ligereza, sino que también se creía lo mismo en las principales esferas militares, excepción hecha del emperador, á pesar de que tenía la mejor opinión de su ejército y de su completa preparación para entrar en campaña, pues no podía dudar de la exactitud del estado militar que publicó el *Monitor* en 18 de agosto de 1869, trabajo debido al difunto mariscal Niel, en el cual Napoleón había depositado toda su confianza. Según este trabajo, tenía Francia un ejército activo de setecientos cincuenta mil hombres, con una guardia móvil de seiscientos mil y una existencia de un millón doscientos mil fusiles chassepot. El emperador tenía una opinión muy elevada del ejército alemán, y sabía que las fanfarronadas de los entusiastas eran resultado de la ignorancia y del patriotismo ciego; así, mientras se gritaba «¡á Berlín!» y se creía que la guerra se reduciría á un paseo militar, en su manifiesto del 28 de julio dijo: «Tendréis que luchar con uno de los mejores ejércitos de Europa; la guerra será larga y difícil, porque se hará en un país cubierto de fortalezas y de dificultades;» si bien añadió para animar al ejército: «Otros ejércitos igualmente valientes no han podido resistir á vuestro valor... Para los soldados de Africa y de Crimea, de Italia y de Méjico no hay cosas imposibles.» Ducrot, que mandaba en Estrasburgo, había propuesto arrojarse cuanto antes sobre Kehl y Landau, y quizás hubiera podido obtenerse por este medio un triunfo pasajero; pero, según se dice, el emperador no aprobó este proyecto por no arrojar en brazos de Prusia á Baviera y Baden. Para obligar á los Estados del Sur á aliarse á Francia, los franceses hubieran debido pasar el Rhin con fuerzas imponentes; pero muy pronto se vió que Francia no se hallaba en estado de hacer semejante esfuerzo. El 6 de julio todavía había declarado Leboeuf al emperador que bastarían á lo más dos semanas para juntar el ejército armado en la frontera, donde debían estar reunidos en el plazo indicado trescientos cincuenta mil hombres de todas armas, con ochocientos setenta y cinco piezas de artillería y cien mil guardias móviles; quedando en el interior de Francia, en Argelia y en Civitavecchia todavía disponibles doscientos treinta y ocho mil hombres, de los cuales podían agregarse por lo menos cincuenta

mil al ejército en campaña. Con arreglo á este informe se dispuso que se reunieran en Alsacia el primero y el séptimo cuerpos, mandados por el mariscal Mac-Mahón y el general Douay, compuestos de ciento siete mil hombres; que el segundo cuerpo (Frossard), el tercero (Bazaine), el cuarto (Ladmirault), el quinto (Faily) y la guardia imperial (Bourbaki), en total ciento veinte mil hombres, se concentraran alrededor de Metz, y que finalmente, el sexto cuerpo (Canrobert), de cincuenta y seis mil hombres, se reuniera en el campamento de Chalóns. En la esperanza de ver pronto ejecutadas estas órdenes, salió el emperador de París el 26 de julio para tomar personalmente en Metz el mando en jefe. Leboeuf le acompañó como jefe de Estado mayor, y el general Dejeán se encargó del ministerio de la Guerra. Como en la campaña de Italia, encargó Napoleón durante su ausencia la regencia á la emperatriz; pero limitó expresamente sus poderes, prohibiéndole promulgar más leyes que las que se habían propuesto ya á las grandes corporaciones políticas.

A su llegada á Metz el emperador tuvo un amargo desengaño al saber que los cuerpos reunidos allí y en Alsacia distaban mucho de hallarse completos, pues tenían á lo más doscientos veinte mil hombres, es decir, las dos terceras partes de los que debían tener. La culpa de esto era de los generales que mandaban en los diferentes departamentos, quienes, á pesar de las leyes vigentes, se habían mostrado muy tolerantes con los reservistas casados respecto á su presentación en las filas; pero la principal rémora fué la manera defectuosa de hacerse la movilización, pues los llamados habían de dirigirse primero á sus depósitos, á veces muy distantes, y desde allí debían ser enviados á sus regimientos, que ya marchaban á la frontera; de modo que aquellos hombres atravesaron el país en todas direcciones y se incorporaron á sus respectivos cuerpos, en el mejor caso, al cabo de muchos días, y á veces después de semanas.

El armamento dejaba también que desear. A cada regimiento no se le pudieron entregar sino los chassepots que le correspondían en tiempo de paz; así es que en lugar de cuatro á cinco mil fusiles de esta clase, sólo tuvieron á duras penas la mitad, y otro tanto sucedió respecto de los cartuchos, de los cuales cada individuo debía recibir noventa. Para mayor desgracia, los reservistas no conocían todavía el manejo del chassepot y tuvieron que aprenderlo. También originó grandes dificultades el de las ametralladoras, que se habían tenido tan secretas que sólo un pequeño número de capitanes de artillería fueron llamados á Meudón en 1869 para enterarse de esta nueva arma; y, cosa singular é increíble: cuando llegó el caso fueron llamados por el ministerio de la Guerra para encargarse de las baterías de ametralladoras los capitanes que no las conocían y que por ignorancia hacían los disparos sólo á distancias cortísimas, cuando el efecto del arma estaba calculado para mil ochocientos metros y más. La administración militar y el cuerpo de sanidad se hallaban en un estado verdaderamente desconsolador. Los carros de transporte de Chateauroux y de Vernón estaban tan inservibles que se necesitaron meses para poderlos utilizar. La administra-

ción se había hecho culpable de la mayor negligencia. En todas partes faltaban hornos de campaña, balanzas, transportes de heridos y enfermos, tiendas de campaña, galleta, avena, azúcar y heno. El telégrafo no cesaba de comunicar quejas y reclamaciones, y la publicación de una parte de estos despachos ofrece un cuadro vivo de la increíble confusión que reinó en aquellas semanas.

Muy diferente de esta confusión era el movimiento de los ejércitos alemanes, que se efectuó en orden perfecto y exactamente con arreglo á los planes preparados por el Estado mayor general, hasta en los menores detalles; y si bien llegaron algunos días después que los franceses, se presentaron en completo orden de guerra y á punto de entrar en acción, mientras los cuerpos enemigos continuaban formándose y completando su armamento. El ejército de campaña de la confederación de Alemania del Norte contaba, después de la movilización, sin los estados mayores y los oficiales, trescientos ochenta y cinco mil hombres de infantería, cuarenta y ocho mil de caballería y mil doscientas ochenta y cuatro piezas de artillería; á lo cual se agregaban ciento cincuenta y siete mil hombres de guarniciones y ciento treinta y ocho mil hombres de tropas de reserva. A estas fuerzas se unían: el ejército bávaro, de ciento veintinueve mil hombres y veinticuatro mil caballos; el ejército wurtembergués, de treinta y siete mil infantes y nueve mil caballos, y el de Baden, de treinta y cinco mil hombres y ocho mil caballos; resultando en agosto la fuerza total alemana, sin contar la marina, un millón ciento ochenta y tres mil trescientos ochenta y nueve hombres con doscientos cincuenta mil trescientos setenta y tres caballos. Según el plan de guerra trazado por Moltke, fueron enviados á la frontera sólo diez de los cuerpos de la Alemania del Norte, reservando los otros para poder ser empleados contra Austria y Dinamarca y contra tentativas de desembarque de fuerzas francesas.

Las fuerzas alemanas destinadas á la frontera se dividían en tres ejércitos; y mientras se dirigían á sus puntos de concentración, que eran, para el primer ejército, Saarlouis, para el segundo Saarbruck, y para el tercero Landau, ocurrieron en la frontera insignificantes escaramuzas y reconocimientos; pero no hubo la acometida enérgica que se esperaba de parte de los franceses, gracias al malísimo estado de su ejército. El 2 de agosto insistió Napoleón en que el general Frossard con el segundo cuerpo, reunido ya el 18 de julio cerca de Saint-Avold, inmediato á la frontera, efectuara un reconocimiento de mucha fuerza del lado de Saarbruck. El general alemán Gneisenau, que mandaba allí y disponía solamente de un regimiento de infantería, de tres escuadrones de caballería y dos baterías, aceptó el combate, pero se retiró legua y media hacia el Norte en cuanto vió que el enemigo desarrollaba una fuerza muy superior. Los franceses se contentaron con ocupar á Saarbruck sin pasar á la orilla derecha del Saar, lo cual no impidió que, á pesar de la poca importancia de la operación, se exagerara muchísimo el combate por parte de los franceses, y no menos por parte del mismo emperador con sus telegramas, en los cuales participó á

la emperatriz que su hijo había recibido el bautismo de fuego y que su serenidad y presencia de ánimo habían hecho llorar á los soldados. En París se celebró como una gran victoria lo que llamaron «la conquista de Saarbruck.»

Lo peor para el cuartel imperial fué que se quedó después de este reconocimiento tan á oscuras como antes respecto á la posición y fuerza del enemigo. El cuerpo de Douay, que debía acudir desde Belfort, recibió orden de conti-



El príncipe imperial Napoleón Eugenio Luis

nuar allí por haberse visto al Mediodía de Baden un destacamento wurtembergués, que fué tomado por una fuerza considerable. El cuerpo de Failly fué avanzado hasta Bitch, al Este, para establecer el contacto con Mac-Mahón; y cuando el 3 de agosto se recibió la noticia de que cuarenta mil prusianos avanzaban de la parte de Tréveris, Bazaine recibió orden de oponerse á ellos cerca de Boulay; mientras que la guardia, que se hallaba en Metz, estuvo toda la noche en movimiento á consecuencia de las órdenes más contradictorias; y habiéndose creído poder oponer setenta mil hombres á los cuarenta mil prusianos, se aguardó el ataque de éstos con grandes esperanzas. La dirección militar alemana seguía planes muy diferentes, pues Steinmetz tenía orden de detenerse con el primer ejército hasta que el segundo hubiese avanzado, para hallarse con él en la misma línea, debiendo en cambio el tercer ejército pasar la frontera cerca de Wissemburg, tomando así la ofensiva.

El cuerpo de Mac-Mahón se encontró en la mañana del 4 de agosto con la división de Abel Douay y la brigada de Septeuil (formada por ocho batallones, ocho escuadrones y diez y ocho piezas de artillería) cerca de Wissemburg, ocupando un batallón la ciudad y hallándose el resto de la tropa acampado en la montaña de Geisberg, al Sur de la población. A las seis de la mañana las patrullas de caballería no habían descubierto al enemigo; pero á las ocho y media se presentó la división bávara de Bothmer delante de la ciudad y atacó la estación y la puerta de Bitch. Llegaron en su apoyo los cuerpos prusianos de Kirchbach y Bose, y tan pronto como el general francés se hubo convencido de la fuerza superior del enemigo, que se dirigía contra Geisberg, tomó sus disposiciones de retirada, para cuya seguridad era menester sostenerse todavía en el Geisberg. Ocupado en estos preparativos, murió el general Abel Douay, probablemente á consecuencia de la explosión de un carro de pólvora, á pesar de lo cual los franceses continuaron defendiendo con valor la ciudad y el castillo de la montaña, que fué tomado á las dos de la tarde. Las bajas de los alemanes pasaron de mil quinientos hombres y las de los franceses de dos mil doscientos, incluyendo mil prisioneros. En vista de la delantera que habían tomado los franceses, no fué posible molestarlos en su retirada. Por la parte de los alemanes fué grande el júbilo de esta primera victoria, porque la habían alcanzado tropas del Norte y del Sur, sellando así su unión. En el cuartel general francés causó la noticia de la derrota una gran consternación, y el emperador resolvió ordenar á Mac-Mahón que concentrara todas las tropas á orillas del Mosela; pero como el mariscal le telegrafió que tenía esperanzas de conseguir alguna ventaja, no quiso Napoleón estorbarle y le encargó el 5 de agosto el mando en jefe del cuerpo de Faily, que avanzaba hasta Bitch, y el del cuerpo de Félix Douay, todavía muy diseminado en una gran extensión de terreno. Mac-Mahón ocupó entonces una buena posición defensiva detrás del Sauer (Sure), entre Froschweiler y Elsasshausen, destruyendo los puentes que había sobre el pequeño río citado y fortificando las vertientes de las colinas. Para el 7 de agosto se propuso efectuar un avance enérgico, en el cual debía tomar parte Faily; pero también el príncipe heredero de Prusia había destinado aquel día para atacar. En la madrugada del 6 se rompió el fuego cerca de Worth y de Funstedt. El estampido de las descargas atrajo al segundo cuerpo bávaro. Los alemanes tomaron Worth; fué rechazada una terrible carga de la caballería francesa al mando de Michel; batióse con bravura la infantería; renovó sus cargas la caballería, cargas de héroes, legendarias; pero ya no estamos en los tiempos heroicos, sino en los de la organización, del cálculo matemático, de los movimientos automáticos, y Mac-Mahón fué vencido, precipitándose sus tropas en desorden en Reichshoffen. Los que gritaban «¡á Berlín!» debieron convencerse de que no era cosa tan fácil como habían creído pasar el Rhin; los que se habían figurado que la victoria se obtenía cantando la Marsella, haciendo manifestaciones callejeras y viendo marchar á los soldados á la frontera, quedán-

dose ellos en casa, entonces se prepararon á continuar alborotando y vociferando, dando la culpa de todo al emperador, que no había participado de las ilusiones de la opinión, que sólo se acordaba de Jena, pero había olvidado á Leipzig. Los que por pasión política y por móviles de partido tantas dificultades opusieron á la reorganización del ejército, comenzaban á ver los resultados de su antipatriótica conducta.

Nos limitaremos á resumir las operaciones militares porque, según indicamos en el prefacio del presente tomo, debe considerarse la obra de Moltke, *Historia de la guerra franco-alemana de 1870 á 1871* (1), como complemento de la presente para el conocimiento de aquella guerra. Después de la derrota, Mac-Mahón se retiró detrás de los Vosgos. El general Frossard quedó cerca de Forbach, donde fué atacado, batiéndose admirablemente los franceses y obteniendo en algunos momentos ventajas parciales. El general alemán Goeben, que entre tres y cuatro de la tarde llegó al campo de batalla y se encargó del mando, envió á toda prisa las primeras secciones de las divisiones 5.^a y 16.^a, que acababan de pasar el Saar, á los puntos que peligraban más, y así consiguieron los prusianos no solamente sostenerse, sino también lograr lentamente ventajas. A las cuatro y media volvió á cambiar el mando, correspondiendo al general Zastrow por antigüedad, el cual se presentó en el campo de batalla. Los franceses también recibieron refuerzos de la división Bataille; atacaron con bríos y llegaron á peligrar los prusianos en sus posesiones, pero la caballería francesa no pudo ganar las alturas. Frossard se convenció de que no podía sostenerse, y dió orden al obscurecer de empezar la retirada, que no lograron impedir los alemanes.

El 7 de agosto se ordenó la retirada general sobre Chalóns; pero al día siguiente se decidió en un consejo de guerra que se hiciera frente al enemigo bajo los cañones de Metz. El emperador se halló personalmente en la situación más lamentable, pues sufría de una manera horrorosa á causa de su enfermedad de la vejiga, y comprendió que por el estado de su salud no podía estar á la altura de su misión. Quiso regresar á París y encargar á Bazaine el mando. Hizo telegrafiar á la regente por Pietri: «Si ocurriesen otros descalabros, no sería el emperador únicamente responsable de ellos.» En París se rechazó con espanto la idea de que el emperador vencido se presentara en la capital, donde reinaba una terrible agitación, pues las noticias de las derrotas de Mac-Mahón y Frossard habían venido tras partes falsos de victorias brillantes, anunciando que el tercer ejército alemán había quedado aniquilado, que el príncipe heredero de Prusia había sido hecho prisionero con veinticinco mil hombres, y que Landau había sido tomada por los franceses. Hubo colgaduras, iluminaciones, la gente se abrazaba en la calle; y luego vino el desengaño cruel y la persuasión de que todas estas mentiras se habían inventado para especulaciones de bolsa. Para colmo de la exasperación llegaron el 7 de agosto las noticias terribles de Spicheren y de Worth. Grandes masas del pueblo sobrecitadas llenaron

(1) Publicada en nuestra BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA.

los bulevares, y se temía que se desencadenara la revolución. El embajador de los Estados Unidos, Washburne, dice que desde la Revolución francesa París no había presenciado un espectáculo parecido, y que sólo la lluvia había impedido á las masas pasar á vías de hecho. La emperatriz había reunido por la mañana el Consejo de ministros en las Tullerías y publicado un manifiesto, en el cual conjuró á todos los buenos ciudadanos á mantener el orden, diciendo: «¡Que sólo haya entre nosotros un partido único, al cual pertenezcan todos los franceses! ¡Que sólo nos guíe una bandera, la del honor nacional! Fiel á mi deber, me encontraréis la primera allí donde sea necesario defender la bandera de Francia.» Al propio tiempo se declaró el estado de sitio y se anunció que las Cámaras se habían convocado para el 11 de agosto. La impaciencia pública halló largo el plazo, y un decreto del 8 ordenó la reunión de las Cámaras el día 9. El ministerio acordó proponer al emperador el nombramiento de Trochu para ministro de la Guerra; pero Trochu se negó á aceptar la cartera, diciendo que se vería obligado á exponer las faltas del gobierno, que habían traído la desgracia, con lo cual no haría más que dificultar la situación, sin que su entrada prolongara la vida del ministerio ni un solo día. El *Siecle* publicó un proyecto de ley firmado por diez y ocho miembros de la izquierda, que proponía elegir de entre los diputados una junta de defensa nacional, que desde luego fuera la representación del poder y llamara á las armas á todos los ciudadanos. Otros cinco periódicos se unieron al *Siecle* para publicar un corto manifiesto que pedía lo mismo y terminaba con estas palabras: «¡Que se levanten todos los patriotas y se unan á nosotros! La patria está en peligro.» La verdad era que ya no se trataba sólo del ministerio. Ollivier hubiera querido la vuelta del emperador, pero ni la regente ni los demás ministros compartían su opinión. Estos últimos, no obstante, creyeron útil el regreso del príncipe imperial y lo solicitaron del emperador por telégrafo; pero la emperatriz se opuso también á este deseo, diciendo en su parte al emperador que se oponía por motivos que no podía exponer en el telegrama, y que deseaba que su hijo quedara en el ejército; que el emperador prometiera su regreso, pero no lo realizara. Insistió en que Leboeuf dimitiera el cargo de jefe de Estado mayor y que el emperador se entendiera con Bazaine sobre las operaciones que convenía ejecutar, en lo cual se anunciaba ya el deseo de confiar á Bazaine el mando en jefe. Triste situación la de Napoleón III, digna de Esquilo: en el ejército era una sombra, un obstáculo, y en París hubiera sido un peligro. Aquel hombre tan poderoso, había quedado reducido á tan mísera condición, que en todas partes estorbaba.

En un nuevo despacho decía la emperatriz: «Sólo Bazaine inspira confianza; la presencia de Leboeuf quita la confianza aquí y allí. Las dificultades son inmensas; en cuarenta y ocho horas pueden perderlo todo el temor de los unos y la flojedad de los otros.» Al mismo tiempo conjuró la emperatriz al mariscal Leboeuf, apelando á su antigua lealtad, á dar su dimisión, diciendo: «Compre-

do que esta resolución es penosísima para usted, pero en las circunstancias actuales, todos hemos de hacer sacrificios, y ninguno es para mí más penoso que este paso que doy cerca de usted.»

Se procuró evitar por todos los medios posibles que se turbara el orden en París. Se publicaron bandos recordando la severidad de las leyes marciales, que se aplicarían á todos los que pidieran el nombramiento de un comité nacional ó se atrevieran á hacer proposiciones análogas. Se acudió al recurso de publicar un papel, que se dijo se había encontrado en posesión de un espía de los prusianos, que decía: «¡Valor! París se levanta. El ejército francés se hallará entre dos fuegos.» Un decreto dispuso la admisión en la guardia nacional de todos los hombres de treinta á cuarenta años aptos para las armas, y se anunció un proyecto de ley para alistar en la guardia móvil á todos los exentos del servicio, de menos de treinta años. Para comandante de la plaza de París fué nombrado el mariscal Baraguay d'Hilliers; pero como la emperatriz no le creyó bastante enérgico, hizo llamar de Lyon al conde de Palikao, para encargarle este puesto ó bien el ministerio de la Guerra. El mismo día 7 había recibido la emperatriz al diputado Julio Brame y á cinco de sus colegas, que se le presentaron comisionados por unos cien miembros del cuerpo legislativo, para recomendarle la destitución del ministerio. La emperatriz se opuso á esta medida, creyendo que aumentaría la agitación; pero la actitud decidida de la comisión hizo suponer que Ollivier no podría sostenerse en la Cámara.

Cuando el cuerpo legislativo se reunió el día 9 al mediodía, costó gran trabajo á la fuerza armada mantener el orden delante del edificio, é igual lo tuvo el presidente en la sala de sesiones. Las primeras palabras que pronunció Ollivier por vía de introducción, fueron interrumpidas por exclamaciones y denuestos. Cuando el ministro alabó el valor de las tropas, le interrumpió Guyot-Montpayroux gritando: «¡Son leones mandados por asnos!» y Favre exclamó que á la ineptitud del emperador se debían todas las desgracias. Propuso el nombramiento de una junta de defensa nacional, compuesta de quince miembros, que se encargara del poder dictatorial, lo cual venía á ser en el fondo la suspensión del Imperio; y desde luego se declararon en su favor cincuenta y tres votos contra ciento noventa. Latour-Dumoulin pidió que se encargara al general Trochu la formación de un nuevo ministerio; pero esta proposición no fué aprobada por ser contraria á la Constitución. Duvernois propuso un voto de censura para derribar al gabinete, que fué aprobado por toda la Cámara menos diez votos, después de lo cual se suspendió la sesión por media hora. Al abrirse, anunció Ollivier que la regente había admitido su dimisión y encargado al conde Palikao la formación del ministerio. Al día siguiente se presentaron los nuevos ministros á la Cámara, teniendo la cartera de Negocios extranjeros Latour d'Auvergne, la del Interior, el prefecto del Sena, Chevreau, la de Hacienda, Magne, y la de Justicia, Grandperret. El ministro de Marina, Rigault de Genouilly, continuó en su cargo. El presidente del Consejo de ministros se había reservado la cartera de